

RONALD REAGAN

El ocurrente vencedor de la Guerra Fría



● Cómo será recordado Ronald Reagan? Cuando uno lo mira con una cierta perspectiva, como ya estamos empezando a poder hacer, Reagan, presidente de los Estados Unidos desde 1981 hasta 1989, aparece en primer lugar como el vencedor de la Guerra Fría.

No es fácil hacerse una idea de lo inconcebible que parecía a finales de los años 70 ese resultado. La Unión Soviética se mostraba como un régimen poderoso y consolidado, cuya influencia no dejaba de crecer, también en Occidente. Calculábamos los días que tardarían en llegar los tanques soviéticos desde los Urales a la costa atlántica y si podrían las fuerzas estadounidenses llegar a tiempo de frenar ese avance. En cualquier caso, contemplábamos la URSS como ahora vemos a la China comunista, un régimen cuyo fin no se vislumbra. De acuerdo a esta visión, los presidentes norteamericanos aspiraban a poco más que a conservar sus posiciones. Les estaba bien el empate, y éste se conseguía, sí, pero con apuros (la caída del Irán del Sha y la humillación que supuso el secuestro de la embajada estadounidense en Teherán en tiempos de Jimmy Carter son una muestra de esos problemas).

Cuando oscilábamos entre el pánico y la resignación, llegó Ronald Reagan y le dijo al mundo entero, con su sonriente rostro de actor de Hollywood, que el comunismo era el mal y que la Unión Soviética iba a ser derrotada. Lo dijo, con convicción, nos dio ilusión y pasó a la ofensiva. Y además unió contundencia con sentido del humor. La frase con la que hundió a Carter, su antecesor en la presidencia de los Estados Unidos, es digna del mejor de los guionistas de su amado Hollywood: «Una recesión es cuando tu vecino pierde su empleo. Una depresión es cuando tú pierdes el tuyo. Y una recuperación es cuando Jimmy Carter pierde el suyo». Sus chistes anticomunistas también fueron célebres. Como muestra, un botón: “¿Cómo se distingue a un comunista? Es alguien que lee a Marx y a Lenin ¿Y cómo se distingue a un anticomunista? Es alguien que entiende a Marx y a Lenin.”

Lo suyo fueron palabras (*Tear down this wall!*, le espetó a la cara en 1987 al secretario general del PCUS, Mijail Gorbachov), pero también acciones. Como la enorme inversión en lo que se llamó la Guerra de las Galaxias, que forzó a la Unión Soviética a destinar ingentes recursos a intentar no

quedarse atrás y la desfondó económicamente. Reagan no se andaba con chiquitas: financió a la resistencia antisoviética en Afganistán (sí, también a un tal Osama bin Laden que, años después, se convertiría en el enemigo número 1 de los Estados Unidos), invadió la isla de Granada en 1983 y, cuando el Congreso no aprobó las ayudas a la Contra nicaragüense, los antisandinistas comandados por Edén Pastora, Reagan, ni corto ni perezoso, montó una operación ilegal para financiarles y frenar la expansión comunista en Centroamérica. La caída del Muro de Berlín en 1989 y la disolución de la Unión Soviética en 1991 difícilmente hubiesen sucedido sin la determinación de Ronald Reagan.

Si volvemos nuestra mirada al plano interno, veremos que la irrupción de Reagan guarda paralelismos con su actuación exterior. Es cierto que el largo camino de los conservadores hacia el poder había arrancado ya en los primeros años de la posguerra. La campaña “*Stop ERA*”, encabezada por Phyllis Schlafly o la candidatura de Barry Goldwater, que derrotó en las primarias republicanas a Nelson Rockefeller, el potentado que no discutía la hegemonía cultural de la izquierda, indicaba que los tiempos estaban cambiando. Pero fue Reagan quien tuvo la habilidad de liderar a ese movimiento conservador y llevarlo a la victoria, hasta la mismísima Casa Blanca, asumiendo aquella desacomplejada consigna de Goldwater durante su discurso en la convención republicana de 1964 que Reagan hizo suya: “*Quiero recordaros que el extremismo en la defensa de la libertad no es un vicio. ¡Y permitidme recordaros también que la moderación en la búsqueda de la justicia no es ninguna virtud!*”.

Reagan lideró desde su apabullante personalidad. Quienes le ninguneaban por haber sido actor de cine ignoraban los resortes que mueven la política en nuestros días. Cercano, simpático, arrollador, Reagan cambió en cierto modo la forma de hacer política. Era directo, podía ser agresivo, desafiaba los límites impuestos por la política al uso del momento, pero al mismo tiempo era encantador, divertido y siempre tenía un chiste a mano para explicar de manera gráfica su mensaje. La lista es interminable. Algunos han pasado a formar parte del acervo general y aún siguen contándose, como aquel que decía que las palabras más peligrosas en el idioma inglés son “*Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte*”. O aquel que

dice que “*la visión que el gobierno tiene de la economía puede resumirse en tres breves frases: si se mueve, ponle impuestos. Si sigue moviéndose, regúlalo. Y si deja de moverse, subvencionalo*”. Aunque donde se lucía era en los chistes sobre la Unión Soviética, que incluso explicaba a los dignatarios soviéticos en sus encuentros. Como aquella conversación entre un norteamericano y un ruso: el americano se jacta de la libertad que existe en su país, libertad que le permite poder ir a la Casa Blanca y gritar: “*¡Que se vaya al diablo Ronald Reagan!*”. El ruso le contesta que él también puede hacer lo mismo en la Unión Soviética. ¿Cómo es eso? Pues claro, responde, yo también puedo ir al Kremlin y gritar: “*¡Que se vaya al diablo Ronald Reagan!*”.

Pero Reagan era mucho más que un actor con gracia y narices metido a político. Suscriptor de *National Review*, leía mucho, escuchaba incluso más y nunca tomaba decisiones sin haberse informado y reflexionado a fondo. Se jactaba de ser el más tonto de su equipo, demostrando así que era el más listo, capaz de rodearse de los mejores en cada campo y de hacerles trabajar mientras él podía declarar socarronamente que “*si bien parece ser que el trabajo duro nunca ha matado a nadie, siempre he pensado que para qué arriesgarse*”. Fue capaz también de atraer a antiguos demócratas defraudados por la deriva izquierdista de su partido (se

les llamó los *Reagan democrats*) y de algo incluso más difícil: aglutinar a todas las familias de la derecha bajo la “gran tienda”. He tenido la oportunidad de conocer a algunas personas que trabajaron con él y todas siguen hablando con admiración de un líder cercano, carismático y muy divertido, pero también exigente y capaz de sacar lo mejor de sus colaboradores.

Evidentemente, todas sus virtudes y aciertos no significan que Reagan fuera perfecto ni infalible. Por ceñirnos a dos cuestiones clave: a pesar de sus promesas y esfuerzos no consiguió frenar el crecimiento del déficit estadounidense y sus nombramientos para el Tribunal Supremo resultaron, en algunos casos brillantes (como con Antonin Scalia), pero en otros, por decirlo suavemente, tremendamente decepcionantes (como Anthony Kennedy). Pero más allá de sus errores y aciertos, es innegable que Reagan devolvió la ilusión a su país y, junto a su admirado Juan Pablo II, a todo el Occidente, salió siempre y en todo contexto a ganar el partido, no se amilanó a la hora de defender las ideas conservadoras y además lo hizo con una gracia difícil de igualar. Derrotó a la izquierda progre estadounidense, derrotó al comunismo soviético y cambió así el curso de la historia. Y lo hizo sin darse importancia, mientras nos contaba un chiste y se reía como un niño.